

plandece don Quijote como alto ideal de humanos anhelos, siempre que en su camino se atraviesa una mujer infeliz. Así, ahora se complace mirando a la zagala que ayudó a rescatar del infortunio, y refiere toda esperanza de premio al nombre ilusorio de Dulcinea. Con las entrañas henchidas de amor el viajero incansable se remonta a las eminencias de su alma, frente a la llanura manchega que se pierde tocando con el cielo, confundida con la eternidad como el espíritu sublime del andante señor...

VIII

DIANA CAZADORA

Si la diosa latina de los bosques, del buen amor y la salud hubiese tenido realidad, encarnara de fijo en la mujer que don Quijote halló una tarde cerca del Ebro, a orillas de una selva.

«Diana cazadora» nunca se vió tan bien representada : ni en los insignes mármoles de Paros, ni en los famosos lienzos de Ticiano y Rubens, ni en las Dianas de sonrosada carne, favoritas de reyes, inspiración de ingenios peregrinos.

Carracci, Rembrandt, Primaticcio, Goujón, Leonardo de Vinci, no conocieron como don Quijote a la Duquesa española que por lo casta y gentil, por lo valiente y amiga del monte y del río, del campo y el cielo, merece ser, como Diana de Aricia, des-

endiente de la Artemisa griega, para cuajar en méritos cristianos la hermosura bienhechora del Arte y fundir en sana realidad la sed divina de los viejos mitos.

También nuestra *Diana* de Aragón, es cazadora, y en su stirpe de reyes y de santos flamea como divisa predestinada un clarísimo rayo «de Luna». La luz de la noche, la cándida luz propicia a los poetas y a los soñadores, ha querido también simbolizarse en el escudo hispano de esta ninfa moderna, musa de lagos y montañas, imagen de la serenidad, de la nobleza y el amor.

Vive la Duquesa en su castillo de Pedrola, cabe el Ebro, y a la sazón habita en una casa de placer que para los meses del estío mandó construir dentro de sus tierras señoriales, en el lugar ameno de Buenavía, regado, como Pedrola, por las aguas del gran río español: fértil ribera, blanda llanura, con lejano monte por confín, rodrigan el aliñado vergel donde se guarece la casa ducal.

Su dueña, señora de singularísimas gracias y virtudes, según ya se ha dicho, comparte las prerrogativas del nacimiento y la

fortuna con un esposo digno de ella, y una idílica paz abona el buen humor del matrimonio, alegre de suyo, con esa alegría comunicativa y generosa que perfuma las almas buenas en horas de bonanza. De modo que la felicidad y la juventud veranean en el lozano pensil aragonés, entre risas y donaires.

Aunque la Duquesa por su gracejo y mocedad se inclina a las travesuras y las bromas, deja a sus diversiones ancha margen de esa llaneza señorial tan peculiar en las ricas hembras de español natío. A su lado gozan y ríen las doncellitas bulliciosas y las dueñas entalladas, los viejos servidores y los pajecillos galanes. Una hidalga condescendencia sirve a la señora de pretexto para extender en torno suyo la pródiga dulzura de un corazón lleno de ansiedades humanitarias, agujado por la íntima solicitud del cristiano socialismo que siempre tuvo ilustres paladines en la aristocracia española.

En este día caluroso de junio, la dama se esconde en su camarín con una fina labor entre los dedos, aguardando que el sol apa-

cigüe su ascua, rutilante y desnuda. Viste saya de raso, a la castellana, perlado y sutil jubón, leve manto de espumilla; calza ricos chapines, y adorna las manos, blancas y menudas, con anillos valiosos, de Florencia: la figura donosa y arrogante, el rostro bello y sonriente, la voz hialina y enamorada, completan el encanto que la Duquesa produce.

Ocupa un alto sitial cercado de almohadones y cojines, y en sillas rasas, las dueñas, con albas tocas y oscuros manteos, laboran serviciales, alzando el sordo zumbo de las ruelas entre lánguidos suspiros y palabras comedidas.

Defendido de la cruda luz por cortinas flotantes y celosas persianas, el aposento ofrece una media obscuridad confortadora. Está alhajado con alfombras turcas y brocados milaneses, tapices de Flandes, candelabros y pebeteros de plata. Sobre un primoroso contador con navetas profusas, guarnecido de taracea nacarina, hay unos guantes femeninos adobados en ámbar, y un abanico de concha y de tul.



Levanta la señora de su labor la mano pálida y enérgica para dar más tierna expresión a las frases con que recibe al Duque. El se llega a su esposa con reverencia gentil y se convida a merendar en aquel perfumado rincencillo, antes de la partida de campo.

Las dueñas se escabullen. Un paje sirve al matrimonio ligera colación de dulces, frutas y licores en tazas y escudillas caprichosas. Las palabras felices, los gratos planes flotan en el humo tenue y azul del sahumador, hasta que la tarde se humilla un poco, y los duques se aprestan a divertirse en la caza de altanería, su deporte favorito.

Ya está ricamente enjaezado el blanquísimo palafrén de la señora, vestido con gualdrapas verdes y plateado sillón, adornados el estribo y los frenos con regias ataujías morunas. Sube a él la Duquesa, convertida en Diana, con lindo sayo cazador y alegre rostro campesino. La acompaña su esposo, la siguen los cazadores de las cercanías, y van delante, a batir el campo, algunos peones diestros en levantar las piezas.

Un paje halconero lleva junto a la dama el azor preferido, bestezuela de plumaje gris, pico largo y azul, ojos crueles y dorados. Va cautivo en las pihuelas, de las cuales pende con la lonja un anillo que luce el sello ducal, grabado en sangrienta cornalina por famoso lapidario florentino.

Un ave infeliz alza el vuelo inocente sobre la campiña, y el estremecido azor pasa a la mano firme que la Duquesa envuelve en recio guante de gamuza con gran manopla: así, la aristocrática *lica*, bajo las garras del pájaro rapaz, semeja un cuartel de heráldico blasón. Esta imagen de la cifra azorada se borra al punto sobre el campo azul de las nubes, porque la bella cazadora da libertad a su prisionero, y en el espacio resplandeciente y purísimo se reproduce el eterno drama de la vida, simbolizado por la paloma y el gavián...

Cuando el sol desfallece para morir, los cetreros descansan gozando la clemencia del aura vespertina, orgullosos de las pre-

sas logradas. Y el azor, ebrio de sangre, taciturno, febril, reposa en la mano de su dueña, con el plumaje recogido, tembloroso el azufre de las pupilas.

En la linde de un bosque asoman dos extrañas figuras, dos viajeros desconocidos que al acercarse dicen su nombre y condición en forma romancesca, postrado el escudero ante la dama con un lindo mensaje de su señor; el cual no es otro que el insigne Caballero de los Leones, consagrado en tierras españolas por la fama de sus grandes aventuras.

Le reciben los Duques muy solícitos y reverentes, demostrando que le conocen y le admiran, deseosos de hospedarle en su casa y tratarle en ella con todos los honores debidos al invencible personaje que llena el mundo con el eco de sus hazañas: en realidad lo que intentan es persuadirse de la noble locura del viajero, y consolarle con la ilusión de que ejecuta sus propósitos redentores. El se deja engañar, como los poetas y los niños, con risueños embustes que se desvanecen lo mismo que el humo, porque

no posan en las firmes realidades humanas. Y con los claros próceres que le agasajan y estimulan, llega triunfante al castillo señorial, convencido de que en el mundo se realizan siempre los bellos ideales y se premian las dolorosas virtudes, ya que el inesperado convite y el suntuoso recibimiento son para don Quijote un oasis de venturas y recompensas en el rudo camino de su calvario, donde cae tantas veces bajo el peso abrumador de la piedad, la tremenda y divina cruz.

Ahora la vida transcurre como en los dulces sueños, varia, confusa, ligera, deslumbrante. Aquí el hidalgo huelga, come, duerme y goza, regalado igual que un príncipe, con lujosos vestidos, muelle cama de sobrecielo, exquisitos manjares y licores, bálsamos de Persia y perfumes de Arabia. Aunque es sobrio y modesto, admite los favores que le otorgan, sólo como un paréntesis en la vida de sacrificios que se impuso, y sólo en calidad de caballero andante, para continuar con decoro y lustre la historia de la alta Caballería. Sin enmollecerse en los

halagos y la holganza, ha de volver a las penitencias de su dura profesión; pero halla justo que el ánimo y el cuerpo reposen, que el vencedor recoja su laurel y que le baste a cada día su propio afán.

Mucho contento recibe Sancho Panza del feliz descanso en la penosa ruta, pues, a más de compartir con su señor los beneficios del buen alojamiento, aguarda otras mercedes, despierta su codicia, poco dormilona, con la especial solicitud que la Duquesa le significa.

Tanto gustan y sorprenden a la dama los graciosos refranes del escudero, su rústica sencillez, su ingenua credulidad y su inocente ambición, que le distingue con singulares atenciones, solazándose en su compañía, alternando con él, dentro del homenaje más puro a las doctrinas democráticas. Ella le consiente permanecer en los dorados camarines con la escogida servidumbre, le oye contar su vida y sus anhelos, le alienta y le anuncia raras prosperidades.

Mientras comen los duques con el huésped, Sancho vigila detrás de su señor, sin

asombrarse del boato de la estancia ni de los primores del banquete, en tan ufana actitud como el barbudo escudero de blasonado ropaje y recio espadón que hace guardia junto a la mesa.

Decoran la sala ricos guadamacés cordobeses, labrados muebles de nogal, un magnífico reloj de Torriano, tapices flamencos, alcatifas moras. Sobre el mantel resplandecen, entre porcelanas y metales finísimos, límpidas copas de Venecia, fabricadas por Angeli Beroviero, el brujo artífice de Murano.

De ninguna de estas maravillas se asusta Sancho Panza; satisfecho, gozoso, obtiene permiso para hablar, muy a placer de la Duquesa, y lo hace con gracia tan oportuna y tan socarrona malicia, que el Duque, deseoso de someter a prueba la habilidad y la virtud del zafio, tienta sus ansias ofreciéndole el gobierno de una ínsula. Dícele que la merced es un premio a los fieles servicios prestados cerca del más ilustre paladín que registran las crónicas de la Caballería andante.

Se conmueve don Quijote; Sancho se deslumbra, y ambos, crédulos, imaginarios, enloquecidos por el ensueño y la ficción, agradecen a sus protectores la inusitada honra que recibe el pobre manchego. No preguntan qué fantásticos mares bañan la milagrosa isla aragonesa. Oyen decir su nombre y con los ojos de la fe admiran sus playas y confines, la riqueza de sus feraces campos, llenos de olivos y de frutas, de rosas y de luz.

Antes de partir Sancho a su nuevo destino, suceden en casa de los duques grandes y extraordinarios acontecimientos, en forma de aventuras que de cerca tocan a los dos caminantes de la Mancha.

Allí el amor, bajo el lindo rostro de la doncella Altisidora, persigue a don Quijote con tiernas romanzas, hondos suspiros, llantos y lamentos humildes, capaces de baticir un corazón menos inmutable que aquel donde reposan, cual en su propio centro, la constancia y la fidelidad. Allí acuden,

como evocados al conjuro de los más traviesos duendes, encantados y encantadores personajes, que piden al hidalgo y al escudero múltiples sacrificios y valentías: la Duquesa, con la virtud de su buen humor y el contingente de sus numerosos vasallos, improvisa en secreto lances y apariciones, comedias y dramas increíbles, que mantienen en continua vibración de heroicidad al generoso Caballero de los Leones y al buen Sancho, gobernador electo.

La misma Dulcinea del Toboso se aparece una noche en medio de aparatosa comitiva, llorando su advertido encantamiento, a solicitar penitencias que la liberten. La dueña Dolorida, de trágica historia, llega también a los señoriales pensiles con un escuadrón de atormentadas mujeres, suplicando a los dos aventureros militantes que por mediación de hazañas inauditas las libren del castigo que sufren: Montesinos el de la famosa cueva, el sabio Merlin, el gigante Malambruno, Arcalaus el encantador, tropel vario de hechiceros y aparecidos, ambulan en los bosques y florestas de

los duques pidiendo a don Quijote y a Sancho desafíos y mercedes. Porque, desde el grave maestresala hasta el último pícaro de cocina, doncellas y mayordomos, pajes y mozos de mulas, la muchedumbre entera de servidores que hay en el castillo actúa como en un gran teatro, fingiendo trazas divertidas y personificaciones asombrosas.

Don Quijote, con su inocencia angelical, da crédito a cuanto allí acontece, recibe toda petición y satisface toda culpa. Sancho, simple y cándido también, pero más positivista, se resiste al esfuerzo y al dolor, aunque, al fin, obedece a su amo, influído por su bondad y solicitud, realizando, con la pura intención, arriesgadas empresas que no le ha agradecido bastante la posteridad.

¡Digna es por cierto de amoroso laurel la tosca frente del villano que por fidelidad a su dueño, sin las altas compensaciones del ideal, deja su casa por los riesgos del camino y gusta siempre los trabajos y las penas del vivir heroico, pero no las glorias! ¿Acaso no es él, también, a su manera romántico? ¿No alienta en su corazón más

que el afán de las doradas ínsulas el vivo sentimiento de la obediencia, del sacrificio, de la misericordia?

Después de seguir sin descanso ni sosiego por la tierra a su señor, le sigue Sancho por los aires, en la más sutil de las expediciones quiijotescas. Artes de magia, ciencia bruja que anida sonriente en la casa ducal, llevan a lo más frondoso del vergel un caballo de madera, volador, Clavileño el Alígero, fabricado por el sabidor Merlin para intentar las más difíciles realizaciones.

En esta máquina diabólica suben por los aires, a su parecer, don Quijote y Sancho Panza, con los ojos vendados, como la fe y el amor, pretendiendo volar hasta un quimérico país, a deshacer el encanto de la princesa Antonomasia y su esposo, de la Dueña Dolorida y su cortejo. Férvidos, ilusos, sin moverse del jardín, creyeron llegar a la segunda región del aire, engendradora de nieves y de lluvias, y más altos, a la región del fuego, germen de las tormentas espantosas. Ya desatada la fantasía vió el escudero la luna al alcance de su mano,

y tuvo a las siete más hermosas estrellas de las Pléyades bajo su dominio, como quien dice, allí dóciles al pastoreo como verdaderas «cabrillas» de las nubes... Sin posar en el reino de la Quimera, suelo intangible que sólo a las almas da cabida, tornan al parque aragonés seguros de haber libertado a una legión de infortunadas criaturas.

Entonces Sancho se dispone a gobernar la ínsula Barataria, adiestrado por los prudentes consejos de don Quijote. Y en plena vida de ilusión, trueca el rústico las volátiles ancas de Clavileño por la isleña dulzura de su nuevo destino.

En el patrimonio de los duques hay un pueblecillo con apariencias de isla, Alcalá de Ebro, tendido sobre un «ansar» que rondan las aguas del río padre. Allí vive Sancho su ensueño de gobernador, administrando justicia con tales bríos y honradez que la fábula adquiere tonos de realidad cuando en el pueblo surten por todas partes enemigos y asechanzas contra el leal ministro del Duque.

Discreto, desengañado y noble, Sancho

no condesciende con las intrigas del gobierno, con las luchas ruines del mando y el poder. Sus ambiciones toman un rumbo más alto y firme, como educadas en la pura escuela de la renunciación. Con muy cristiana medida y muy serena humildad vuelve a vestir su pobre traje de aldeano, librea de escudero también, y despierta de su delirio codicioso, conforme con la suerte para toda la vida, tranquilo y feliz buscando a su señor.

El cual le acoge con los brazos abiertos, lo mismo que los duques, alabando mucho las elevadas miras y rectos proceder del buen manchego.

No le han faltado a don Quijote andanzas en la ausencia de su acompañante. La dueña doña Rodríguez, estimulada por la fiebre heroica del caballero, le ha pedido socorro en una ofensa que su hija padece, dando así lugar a que continúen los lances y contiendas en aquel castillo que parece encantado.

Ya la Duquesa había escrito a Teresa Panza una cariñosa misiva y héchole presente de muy linda sarta de corales. Con es-

tas pruebas de estimación recibe Sancho doscientos escudos de oro, y buena cantidad de provisiones para el camino, que es el de Zaragoza, adonde se dirige el hidalgo para asistir a las justas del arnés.

Nadie osa detener más a los viajeros, aves de paso, errantes peregrinos de la ilusión. Son despedidos con los mismos honores que les recibieron al llegar, y aun vuelven a hospedarse allí cuando, vencido y lastimado por la vida, torna don Quijote a sus lares con la idea de hacerse pastor.

De esta última posada, en Buenavía, quiso también sacar partido la Duquesa, discutir burlas y fingir sucesos que constituyan para los fatigados caminantes una postrera maravilla...

Y se van para siempre hacia un triste lugar sin nombre, llevando en la memoria, sobre todos los recuerdos milagrosos de su estancia en el castillo, la imagen placentera y feliz de una escogida mujer, hada en los vergeles de Aragón, princesa de las ínsulas soñadas, nacida sobre el tálamo del Ebro para ilustre semilla de musas españolas...